

GOBINEAU Y CHAMBERLAIN: un francés y un inglés para impulsar a Hitler

PABLO BERBEN

El caballero británico Houston Stewart Chamberlain viajaba un día de 1896 en el tren de Italia a Francia cuando se le apareció un demonio. No le extrañó, porque estas apariciones diabólicas le ocurrían ya con alguna frecuencia. Pero el demonio era dominante y mandón. Le ordenó que dejara inmediatamente los trabajos que tenía entre manos —el caballero Chamberlain era un profundo ensayista; en aquel momento preparaba una obra musical— y escrutara ciertos aspectos de la biología. No había tiempo que perder. Chamberlain bajó en la estación más próxima, se metió en un hotel y comenzó a escribir. Durante una semana llenó páginas y páginas sobre el problema de las razas en la Historia. Razas superiores, razas inferiores. La raza aria, superior a todas. Se dice que en aquel momento se decidió la historia de Europa del medio siglo siguiente. Según los historiadores —entre ellos el muy experto en cuestiones del III Reich, William S. Shirer—, el británico Chamberlain fue el padre espiritual de la Alemania imperial, de la Alemania nazi. Guillermo II y Adolfo Hitler lo admitieron así.

Se ha citado mucho estos días a Houston Stewart Chamberlain —declaraciones de Jorge Semprún en TRIUNFO, número anterior, colóquio final de la serie "Holocausto" en televisión— en este sentido. Se ha venido a decir que los fundadores de la doctrina de la raza aria no fueron alemanes, sino de otros países

Europeos. Singularmente, es así.

Porque sin duda otro demonio o el mismo demonio debió visitar unos años antes al conde de Gobineau. El aristócrata francés precedió en mucho tiempo al aristócrata inglés en esta definición de la raza aria germánica como

la India, y es la raza maestra del mundo; la que tiene por justa vocación dominar el mundo. Desgraciadamente, ha sufrido contaminaciones: se ha ido mezclando con otras. "Toda civilización se desprende de la raza blanca aria", escribía, y "una sociedad no es brillante ni grande

lain nació en Portsmouth —en el hogar de un digno almirante inglés, su padre; su tío era el famoso mariscal sir Neville Bowles Chamberlain— el mismo año en que se publicaba el último tomo de la obra de Gobineau. Por tradición familiar, estaba destinado a ser militar o marino. Pero su salud no era buena. Era excesivamente nervioso, histérico. Tenía visiones y desmayos. La heroica familia pensó que lo que necesitaba era una educación severa y firme: debía tener ya una idea de que los alemanes eran inigualables en este arte de la disciplina, y le puso en manos de un prusiano —Otto Kuntze— que realizó maravillosamente su tarea, hasta conseguir que el pequeño Chamberlain —catorce años— considerase decisivamente genial la raza aria. Probablemente leyeron los dos juntos a Gobineau. Cinco años después, Chamberlain metió en su vida el segundo prusiano o, más concretamente, prusiana: Ana Horst, diez años mayor que él. Y fanática. Y también psicológicamente inestable. Freud huble- ra podido hacer quizá una excelente labor en este matrimonio.

La vocación militar frustrada, la contradicción entre su ambiente inglés y su vocación prusiana, la debilidad psíquica y las apariciones debían conducirle inevitablemente a un camino: la filosofía profunda. No le faltaba en su vida más que un tercer germánico, y lo encontró de una manera deslumbrante —"el sol de su vida", escribiría después— en Ricardo



Casa de Wagner, en Bayreuth, donde Hitler visitó al ya anciano Chamberlain, el año 1923.

superior. Gobineau, diplomático de carrera y autor de largas y accidentadas novelas de roman feuilleton: —"Les Fleiades", inspirada en "Las mil y una noches": "el libro de un aristócrata, escribía el mismo, que opone la conversación de seres excepcionales al confuso clamor de las masas"—, secretario de Tocqueville, que perdió su carrera por amor —dejó a su esposa por la condesa de La Tour—, escribió un libro fundamental: "Essai sur l'inégalité des races humaines", cuatro volúmenes aparecidos entre 1853 y 1855. La raza aria, escribía Gobineau, procede de

más que si conserva el noble grupo racial que la ha creado". Pero sólo una raza ha permanecido sin contaminación: la germánica. Los arios puros. La realidad es que Gobineau comprendía entre germánicos a los ingleses, los irlandeses, los escandinavos, una parte de los franceses y una parte de los alemanes. Pero sólo los alemanes acogieron con entusiasmo la teoría. El libro del conde produjo en Alemania un movimiento que se llamó "gobinismo", y se crearon las Sociedades de Amigos de Gobineau en toda Alemania.

Houston Stewart Chamber-

Wagner. Tenía cuarenta años más que Chamberlain y era un dios en Bayreuth y en todo el mundo germánico. Odiaba a los judíos, creía en su raza por encima de todas las cosas, era un místico: lo que necesitaba Chamberlain. También tenía algo que Chamberlain iba a necesitar años después: su hija Eva. En 1905 Chamberlain se separó de su prusiana Ana Horst y tres años después se casó con la hija de Wagner: se quedaría con ella y con la hija del genio en la casa de Bayreuth donde recibirían la visita de Hitler...

La Filosofía, la Biología, la Medicina, las Ciencias Naturales: Chamberlain lo estudiaba todo. Con gran aprovechamiento. No se puede decir de él que fuera un aficionado o un aproximado: era un verdadero profesional de la cultura y era, también, un artista. Artista del idioma, con una capacidad literaria de primer orden. Nacionalizado alemán, escribía en alemán que se había convertido en el idioma de su vida —el de su preceptor, el de sus esposas— y escribía libros de ensayos. En su autobiografía —*Lebenswege*—, que es un verdadero alarde de cultura humanística en todos los campos, habla de los demonios: se le aparecían, le inspiraban, le decían qué trabajos tenía que hacer. Así surgió el ensayo racial del pueblecillo de la vía del ferrocarril. Y ese ensayo se convirtió, rápidamente, en lo que iba a ser su obra fundamental: "Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts", los fundamentos del siglo XIX, con prólogo de lord Redesdale. Se publicó en 1899 y tuvo un primer lector excepcional: el Kaiser Guillermo. Que no tardó en expresarle su admiración. Entre el Emperador y el filósofo se estableció una amistad y una correspondencia larga, en la que Chamberlain daba consejos filosóficos, políticos y militares que terminarían con la guerra mundial contra su país natal. En los "Fundamentos", Chamberlain desarrollaba la teoría de Gobineau, con algunas variantes: sólo dos razas se habían con-

servado puras, la aria y la judía. Representaban el bien y el mal. Nadie podía imaginarse que Cristo hubiera sido realmente judío: se podían encontrar en él claros signos de la raza aria. Desde su nacimiento en Galilea hasta la supuesta dificultad al pronunciar el arameo. Y, sobre todo, su pensamiento. "Quien pretenda que Jesús es judío —escribía—, miente, o es sim-

máticos, genio organizador capaz de regenerar a la Humanidad, y los judíos, fuerza negativa, factor de envejecimiento de los pueblos. Todo ello lo basaba Chamberlain en la antropología racional —no experimental— y todo ello cayó admirablemente sobre Alemania. No sólo fueron sus lectores el Kaiser Guillermo, sino los jóvenes valores ascendentes: Rossenberg, Hess,

para Alemania. Las palabras de Hitler consolaron a Chamberlain; las de Chamberlain estimularon a un Hitler que todavía no era enteramente Hitler. Entre los dos histéricos se estableció una rápida corriente. Y una vez más Chamberlain sintió la inspiración de sus demonios, y un hábito perfectamente profético. Al día siguiente de la entrevista, Chamberlain escribió a Hitler: "Le esperan a usted elevadas tareas... Mi confianza en el germanismo no ha vacilado jamás un solo instante, pero mi esperanza se había hundido. De pronto, ha cambiado usted mi estado de ánimo. Alemania, al hacer que naciese un Hitler en el momento de su mayor amargura, prueba su vitalidad; lo mismo sucede con la fuerza de las influencias que se sienten emanar de él. Estas dos cosas, en efecto, la personalidad y la influencia, van juntas. ¡Que Dios le proteja!". Genio de Chamberlain: en aquel momento, nadie hubiera podido ver en Hitler el futuro de Alemania. Era un hombre utilizado, más creador de bromas y de caricaturas que de verdadero respeto... Chamberlain se afilió al partido, inició una serie de publicaciones en la prensa todavía semiclandestina —el primer artículo, en alabanza de Hitler—, recibió de esa misma prensa y de sus teóricos los máximos elogios, y su espíritu renació...

Murió cuatro años más tarde. A su entierro acudieron un príncipe que representaba a Guillermo II y el propio Hitler.

Y así fue como un inglés, sucediendo a un francés, fueron los padres espirituales de la Alemania que por dos veces, bajo su bendición, iba a arrasar Francia y a atacar Inglaterra: así fue como la ciencia de los dos grandes eruditos y escritores estuvo en el origen de lo que luego sería un holocausto.

Sin duda, aunque no hubieran existido Gobineau y Chamberlain, las cosas hubieran sucedido lo mismo. Pero los culpables no habrían tenido una doctrina extranjera con que justificarse. ■



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Guillermo II, Chamberlain, Wagner y Gobineau.

plemente estúpido". Los judíos eran una raza mezclada, que se convirtió en impura, en bastarda y negativa... Los teutones, en cambio, habían sabido permanecer. "Dios sólo se encuentra bien entre los alemanes. Esta es una convicción y una verdad absoluta que sostengo desde hace años". Europa estaba basada en cinco pilares: el pensamiento y el arte helénicos; el derecho romano; el cristianismo —en el que el genio germano realizó la redención de la reforma luterana—; los ger-

manos, genio organizador capaz de regenerar a la Humanidad, y los judíos, fuerza negativa, factor de envejecimiento de los pueblos. Todo ello lo basaba Chamberlain en la antropología racional —no experimental— y todo ello cayó admirablemente sobre Alemania. No sólo fueron sus lectores el Kaiser Guillermo, sino los jóvenes valores ascendentes: Rossenberg, Hess,

para Alemania. Las palabras de Hitler consolaron a Chamberlain; las de Chamberlain estimularon a un Hitler que todavía no era enteramente Hitler. Entre los dos histéricos se estableció una rápida corriente. Y una vez más Chamberlain sintió la inspiración de sus demonios, y un hábito perfectamente profético. Al día siguiente de la entrevista, Chamberlain escribió a Hitler: "Le esperan a usted elevadas tareas... Mi confianza en el germanismo no ha vacilado jamás un solo instante, pero mi esperanza se había hundido. De pronto, ha cambiado usted mi estado de ánimo. Alemania, al hacer que naciese un Hitler en el momento de su mayor amargura, prueba su vitalidad; lo mismo sucede con la fuerza de las influencias que se sienten emanar de él. Estas dos cosas, en efecto, la personalidad y la influencia, van juntas. ¡Que Dios le proteja!". Genio de Chamberlain: en aquel momento, nadie hubiera podido ver en Hitler el futuro de Alemania. Era un hombre utilizado, más creador de bromas y de caricaturas que de verdadero respeto... Chamberlain se afilió al partido, inició una serie de publicaciones en la prensa todavía semiclandestina —el primer artículo, en alabanza de Hitler—, recibió de esa misma prensa y de sus teóricos los máximos elogios, y su espíritu renació...